



Teresa Lamas Carísimo de Rodríguez Alcalá



Sólo con apuro volverá a salir

Al caer una tarde de diciembre, un peregrino rezagado llegó a Caacupé. La crecida del Tebicuar -venía de las Misiones- que se desbordara cubriendo una inmensa extensión de la llanura, hiciérale perder la ruta, y sólo después de vagar durante muchos días consiguiera dar con el camino. Pero entre tanto el día de la Virgen pasara ya y cuando el romero llegó al pueblo donde se venera la imagen milagrosa, Caacupé había recobrado su callada quietud habitual.

Al llegar, como era tarde, la iglesia estaba cerrada. Tuvo que esperar el día siguiente para ir a humillarse ante la Virgen y ofrecerle sus ex-votos. Viejo amigo del sacristán como era, a su casa fue a pasar la noche. Acogido afectuosamente, comieron ambos un frugal *zoó-yosopy* con unas *mandiombichy*, y luego ataron las hamacas [127] bajo la enramada del patio y se durmieron como dos justos, que en verdad lo eran en la sencillez de sus costumbres y en la limpieza de sus pensamientos.

A muchas leguas del pueblo otros peregrinos rezagados también subían lenta y penosamente el fatigoso sendero de la montaña. Eran una jovencita enferma y una vieja

negra, su antigua nodriza. La anciana dudaba por momentos de que la niña pudiese seguir la marcha y frecuentemente le rogaba que se detuviesen a descansar en alguno de los ranchos que hallaban en el camino.

-Por favor, mi niña -la decía- detengámonos a descansar; estás muy fatigada y vas empeorar. Con viajar de día tenemos bastante...

Pero la niña no quería detenerse. Pusiera toda su fe en la Virgen Azul y ansiaba llegar cuanto antes a echarse de hinojos a sus pies.

-¿Cómo quieres, Calí, que nos detengamos? Ya no hemos podido llegar el día 8 y cuantos más días tarde, la Virgen se enfadará más y me negará la curación que voy a pedirle. [128]

-La Santa Virgen sabe, niña, que si no fuimos puntuales a su fiesta no fue por culpa nuestra sitio por tu enfermedad. Ella, que es la suprema bondad, será piadosa con nosotras, ya que por hacer más grande el sacrificio hiciste votos de andar a pie el camino.

-¡Ah, Calí! Tengo unas ansias tan grandes de ver a la Virgen que de ellas saco fuerzas para tenerme en pie y andar. Ya lo ves: el que yo marche en tal estado de postración es y a un milagro. Quiero llegar mañana tempranito a Caacupé y ya verás como la Virgen me sanará. A cada paso que doy hacia ella me siento mejor. ¿No ves como ya no me fatigo? Mira que bella se ha puesto la noche...

En efecto, allende los cerros que las viajeras iban trasponiendo, alzábase la luna tras un argentado crepúsculo, derramando el ensueño de su luz blanca sobre la quietud del paisaje dormido. Y del fondo de la noche estremecida de júbilo por la aparición de su soñadora compañera, parecían elevarse, como de un ánfora, los perfumes de todos los cálices para aromarla. La tibia brisa mecía blandamente la temblorosa fronda y los arroyuelos que bajaban de lo alto de la serranía ponían en la [129] silenciosa soledad un cuchicheo misterioso.

Las viajeras siguieron andando, calladas, sobrecogidas, con el alma postrada ante la maravilla de la noche en calma. Su fe sencilla, profunda y tierna se exaltaba más y más a medida que avanzaban. La niña, que apenas contaba quince años, rememoraba su infancia tristísima de enferma. Sus padres murieran hacía ya muchos años y no le quedara otro amparo que el de Calí, vieja esclava criada en su casa que la amaba con ternura de madre. Postrada la mayor parte del tiempo en cama, su niñez no era sino un calvario que hacía aún más cruel el bullicio de los niños de su edad entregados alocadamente al juego. Dulcemente sintió un adormecimiento. Evocó la imagen de su madre, que llevaba como fotografiada en un lejano rincón de su memoria, y la vio surgir. La miraba amorosamente, sonriéndole con los labios y los ojos.

De pronto tuvo, allá en lo más hondo de su alma, la intuición de que algo maravilloso iba a ocurrirle. Sintió que el Cielo iba a escucharla... Allá, en un punto aún distante pero que ella divisaba muy bien, la noche se hacía más [130] clara como si la inundara una luz divina: era un azul incomparable con unos oros nunca vistos ni en sueños. Pronto ese azul y esos oros se volvieron un gran nimbo refulgente y en el centro apareció una mujer extraordinariamente hermosa. El nimbo fue descendiendo hasta un arroyo y la

niña vio entonces que la mujer se ponía a lavarse los pies, blancos y hermosos como dos azucenas, en sus mansas y frescas aguas.

La enferma, llevándose las manos al pecho, demudada, estremecida, sin decir una palabra, corrió hacia la aparición y al llegar junto a ella y ver que la mujer miraba con unos ojos más puros que la luz del sol y que le sonreía con una sonrisa tan dulce como el recuerdo de su madre, cayó de hinojos, sumergida en un desvanecimiento que era un éxtasis de su fe. Solo atinó a exclamar, con voz que era una música: -¡Dios te salve, Dios te salve, María!

La celeste aparición se irguió. Volvió a dibujarse celestial sonrisa en sus labios, brilló en sus pupilas aquella misma mirada de ternura infinita de la madre muerta, y su diestra, levantándose con lentitud, bosquejó una bendición. Luego, muy lentamente, la imagen [131] desapareció en la luz azul de la mañana que palideciera ante su divino esplendor.

En ese instante la negra Calí, que se durmiera, despertó sobresaltada y como no viera junto a sí a la niña corrió en su busca. La halló a orillas del arroyo y al abrazarla vio que ya no era ella la misma. Sus ojos brillaban llenos de vida, su cuerpo hasta entonces débil y endeble mostrábase ágil y erguido, y la sangre enrojecía sus labios y mejillas antes exangües y cadavéricos.

-¡El Milagro! ¡El Milagro, Calí! -¡Estoy curada! ¡La Virgen vino y me sanó! ¡La he visto, Calí; la he visto y me ha sonreído y me ha mirado como me sonreía y me miraba mamá!

-Alabados sean Dios y la Virgen -exclamó Calí- Alabados ¡Demosles gracias niña!

Y ambas cayeron de rodillas en el pedregal de la orilla del arroyo y entre sollozos de gratitud y gritos de júbilo adoraron a Dios y a la Virgen, bajo la luz de la mañana y a coro con lasavecillas del bosque que a esa hora loaban también la grandeza del Creador...

En Caacupé, en los mismos momentos [132] en que ocurría lo relatado, el sacristán y el peregrino intentaban abrir la modesta iglesia sin poder conseguirlo.

Viendo que sus esfuerzos resultaban inútiles no obstante que la llave funcionaba bien, el sacristán dijo sencillamente a su compañero:

-Bueno, amigo, volveremos más tarde, porque seguramente la Virgen no está...

El romero lo miró extrañado, sin comprender; pero el sacristán insistió con firme convicción de creyente.

-No ha de estar, no ha de estar la Virgen...

Y se alejaron.

Horas más tarde volvieron y la puerta se abrió sin el menor esfuerzo; entraron en el templo y vieron que la Virgen estaba en su sitio. El sacristán se acercó a ella, después de arrodillarse devotamente, la palpó con respeto y volviéndose a su amigo le dijo con la naturalidad de una fe muy grande:

-La Virgen ha salido esta noche. Tiene todavía húmedo de rocío el vestido y erizado de abrojos el ruedo de la falda... Ha de haber salido a hacer un milagro...

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

